

Comentario del libro Terrorismo global,
de Fernando Reinares
(Madrid, Taurus, 2003, 180 págs.)

Óscar Jaime-Jiménez

Universidad Pública de Navarra

Los atribulados tiempos que viven las sociedades occidentales, en los que la incertidumbre y el temor al riesgo parecen atenazar las mentes de sus ciudadanos, se caracterizan por la incorporación de un ingrediente violento que, estrechamente vinculado a los factores anteriormente citados, da lugar en su variante política al terrorismo global de nuestros días. Esta obra, elaborada por un reputado y conocido experto, aporta cierto orden en el escenario editorial en cuanto a la necesidad de facilitar la comprensión estructurada de un fenómeno que, por ser conocido, ampliamente comentado y analizado por presuntos expertos, ha tendido crecientemente a ser definido en función de tópicos y de errores conceptuales que únicamente han llevado a equívocos, tanto entre los ciudadanos interesados, como entre los propios decisores políticos, lo cual resulta más grave por la trascendencia de su actividad.

La presente obra se acerca al fenómeno desde una inicial y oportuna ponderación, con el objetivo de establecer la verdadera importancia de la violencia terrorista en un escenario global en el que existen numerosos problemas que afectan a las sociedades humanas y que, sin embargo, en la actual coyuntura no son valorados en función de su impacto real. Es con todo el terrorismo el que atrae una atención susceptible de ser calificada como prevalente, probablemente debido, al menos en parte, a ese pretendido impacto público que provoca y que trasciende ampliamente los efectos inmediatos de las acciones, tal y como afirma el propio autor. Partiendo de esta premisa, el texto penetra en el proceloso y esquivo mundo de las clasificaciones y definiciones académicas, analizadas en profundidad por el propio autor en otras obras, pero dotando al contenido de un dinamismo que permite su fácil comprensión, sin apartarse de las necesarias precisiones que van a permitir otorgar sentido y valor a la variada casuística que se nos muestra a lo largo de toda la obra. Dicho enfoque académico permite ampliar el rango de la definición de terrorismo popularmente aceptado y políticamente interesado, incorporando no sólo a

los desafiantes del poder estatal, sino también a aquellas prácticas desarrolladas por actores que desean complementar la acción estatal mediante procedimientos alternativos.

El valor añadido del ensayo es que afronta con decisión y sencillez las tan manidas diferencias que se establecen por doquier entre el terrorismo *clásico* y el nuevo, emergente tras la destrucción de las Torres Gemelas el 11 de septiembre de 2001. Si bien existen diferencias significativas, éstas son en todo momento y contexto matizables en función de las circunstancias y de los actores. El nuevo entorno de la globalización promovido desde mucho antes de ese fatídico día está contribuyendo, más aún si cabe, a promover un significativo remozamiento de las estrategias y prácticas terroristas, realidad que se evidencia a través de, por ejemplo, la creciente coincidencia del terrorismo y del narcotráfico, a lo que el autor dedica cierta atención por la importancia que le confiere de cara a establecer tendencias de futuro. En otro sentido, la peculiaridad atribuida al *nuevo* terrorismo, y definida como megaterrorismo por los colosales efectos de las acciones, tuvieron sin embargo un devastador precedente en las destrucciones de las ciudades de Hiroshima y Nagasaki por parte de los norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial, las cuales no buscaban destruir la capacidad militar del enemigo, sino desmoralizar y aterrorizar a una población civil incapaz de defenderse, dimensión que coincide con una de las características principales del terrorismo.

Atención especial merece, tal y como cabía esperar, la particular y estrecha vinculación que se registra entre el terrorismo y ciertos sectores del mundo islámico. La evolución del Islam a lo largo de los últimos siglos, y en particular durante las últimas décadas, ha promovido la creación de profundos agravios que se han manifestado de diversas y dramáticas formas, impactando en las readaptadas doctrinas fundamentalistas así como en las estrategias armadas para desafiar más eficazmente a Occidente. Parte de la justificación del empleo de la violencia hay que situarla en la visión atemporal que se ha desarrollado en el seno del Islam en relación a la defensa de las tradiciones y de la organización política propugnada desde los textos sagrados. Una interpretación que ha sido impulsada y defendida desde las élites políticas y económicas de los Estados islámicos más opacos e intransigentes, pero útiles a los intereses estratégicos y económicos de Estados Unidos. A todo ello es necesario añadir el fracaso de una sociedad empobrecida, culturalmente en crisis y sin expectativas de desarrollo en un plazo razonable.

Frente a los proyectos de desarrollo laicos y nacionalistas de los períodos posteriores a la consecución de la independencia y a los sistemáticos fracasos posteriores en el ámbito de lo social y económico, unido a la humillación que supuso el establecimiento y pervivencia del Estado de Israel, el retorno a las fuentes origina-

rias de la cultura islámica constituía un atractivo irresistible ante la ausencia de alternativas, contribuyendo los éxitos de Irán y Afganistan a afianzar la vía violenta. Este nuevo contexto viene marcado por la connivencia entre dicha concepción primitiva del Islam y el empleo de medios tecnológicos y mediáticos modernos para afrontar la nueva conflagración con el mundo occidental, incorporando incluso formas de gestión empresariales modernas.

Cuando se hace referencia a las novedosas técnicas que emplea el terrorismo contemporáneo resulta ineludible mencionar las acciones suicidas como elemento característico de una violencia que incorpora, aparentemente renovados, elementos de irracionalidad a través de dicha forma de proceder. Sin embargo, los atentados suicidas se han prodigado históricamente, si bien no en abundancia, tal y como pone de manifiesto el autor. Se ha tendido a vincular estrechamente este fenómeno con cierto fanatismo religioso que situaba en el horizonte emocional del activista una recompensa en forma de una vida nueva y reconfortante tras la muerte. Paradójicamente, el suicidio se encuentra muy penalizado en la cultura musulmana, aunque el martirio esta permitido y promovido desde ciertas instancias religiosas. Empero, dicho sacrificio no resulta exclusivo del terrorismo religioso, puesto que otras organizaciones de carácter laico también lo han puesto en práctica. Por esta razón es necesario acudir a otros argumentos que pueden resultar complementarios y lo suficientemente convincentes para el activista, como es el reconocimiento social por parte de su entorno inmediato y la cobertura económica y el apoyo que la vasta estructura de organizaciones de asistencia prestan a la familia tras la muerte del activista. Finalmente, tampoco cabe desdeñar la coacción directa sobre ciertos activistas para la comisión de acciones. En cualquier caso, resulta muy significativo que dichas tácticas no sean susceptibles de ser ubicadas en el plano de una reacción visceral e irreflexiva, sino que muy al contrario formen parte de una meditada estrategia en la que se asume implícitamente que en unas condiciones de inferioridad manifiesta en el ámbito de la capacidad operativa, resulta necesario desarrollar procedimientos alternativos de elevada letalidad e impacto mediático.

Tras la constatación en la actualidad de que la actividad terrorista más destacada y poderosa a nivel planetario procede del mundo islámico, resulta razonable y lógico preguntarse si realmente no estamos asistiendo al cumplimiento de la idea promovida desde ciertos sectores políticos y culturales de Occidente de que se está produciendo un choque de civilizaciones, tal y como postuló Samuel Huntington. Resulta evidente que desde la década de los noventa, diversas acciones terroristas discretamente recordadas fueron cometidas por musulmanes que poseían una concepción de amenaza al Islam muy interiorizada. Por otro lado, los datos empíricos invitan a concluir que efectivamente parece existir un patrón prevalente en la actualidad marcado por la profusión significativa de acciones en las que terrorista y víc-

tima proceden de civilizaciones distintas, lo que vendría a confirmar *a priori* la apreciación sobre el conflicto de civilizaciones. Los numerosos ejemplos que se señalan son muy significativos e inquietantes. Sin embargo, tal y como destaca oportunamente el autor, sería necesario profundizar en la contextualización de la actual ola terrorista con el fin de saber si constituye un indicador que anticipa tendencias futuras o, por el contrario, nos encontramos inmersos en plena confrontación abierta, aunque de difícil concreción. Habría resultado de sumo interés que el autor hubiera insistido en esta cuestión, reflexionando en torno a la ubicación del fenómeno terrorista en el ámbito de las causas o de las consecuencias de la actual coyuntura política mundial.

El enfoque académico de carácter analítico para el abordaje de los fenómenos sociopolíticos complejos requiere el desarrollo de una visión amplia en la que la interpretación de los sujetos analizados se incorpore al propio análisis. El autor, consciente de esta necesidad, presta atención a la propia perspectiva que de sí mismos elaboran ciertos círculos de influencia en el mundo musulmán, y que en buena medida son transmisores de un determinado estado de opinión. Las conclusiones iniciales, a la luz de los datos aportados, no invitan al optimismo, puesto que si bien existen corrientes moderadas dentro del Islam que promueven favorecer el entendimiento y la convivencia, sin embargo se registra la existencia de otras tendencias alternativas que se oponen al establecimiento de cualquier compromiso de acuerdo con Occidente. Tal y como insinúa el autor, y abundando asimismo en esta línea otros textos de análisis también relevantes, parece evidenciarse que los movimientos fundamentalistas no son la expresión únicamente de unos sectores sociales más o menos amplios ubicados en la marginalidad y la pobreza, sino que las demandas fundamentalistas son asumidas por unas élites destacadas que han convertido dichas reivindicaciones en el estandarte principal de su contienda política por establecerse como actores prevalentes en el escenario mundial.

Si desde la dimensión de la mera acción se ha puesto de manifiesto la capacidad del fundamentalismo para actuar, resulta necesario asimismo concretar esta afirmación y conocer con más precisión quiénes son y cómo se organizan estos colectivos desafiantes, a cuyo frente se sitúa Al Qaeda. Lo cierto, tal y como indica el autor, es que dicha organización ha desarrollado una estructura compleja y sofisticada que le ha permitido establecerse a nivel planetario sin excesivas dificultades. Su flexible articulación interna y la ausencia de la jerarquización clásica de las organizaciones terroristas tradicionales facilitan su penetración e implantación en los ámbitos que consideran oportunos, incrementando así la dificultad de su detección y neutralización tras la comisión de las acciones. Los amplios medios de los que disponen y el conocimiento que poseen sus dirigentes respecto a las nuevas tecnologías de la información y de la destrucción, así como también sobre el juego

de la política mundial, han permitido erigirse a dicha organización en un factor de inestabilidad real cuya simple evocación hace temblar los cimientos del imaginario colectivo de Occidente acerca de su posición de predominio incontestable. La detallada descripción que Fernando Reinares ofrece sobre su estructura y financiación invita a concluir que nos encontramos ante un fenómeno organizativo novedoso y de difícil concreción en comparación con otras organizaciones de un pasado reciente. Los datos ofrecidos probablemente contribuyan a promover la reflexión en el lector acerca de las razones últimas que han permitido que Al Qaeda llegara a desarrollar una red tan compleja y funcional sin que se le hubiera prestado atención hasta los sucesos de septiembre de 2001.

Resulta lógico que una organización como Al Qaeda, que cuenta con los medios anteriormente comentados y unos objetivos claramente definidos, intente por todos los medios a su alcance maximizar sus capacidades de influencia mediante la utilización de procedimientos de gran impacto, como el uso de armas no convencionales. Tradicionalmente se ha considerado muy remota esta posibilidad e, incluso, respecto al posible empleo de armas nucleares, se ha teorizado sobre la imposibilidad de que en términos estratégicos para los terroristas, pudiera resultar útil su empleo, recurriendo exclusivamente a la amenaza de su utilización. Lo cierto es que las recientes experiencias de los últimos años muestran la firme voluntad de las organizaciones terroristas en emplear todos los medios a su alcance, como consecuencia en buena medida de la aplicación en la actualidad por parte de los terroristas de una lógica que trasciende ampliamente la de aquellas organizaciones que desarrollaron su actividad durante el contexto de la guerra fría. Resulta evidente que el esfuerzo que están realizando dichas organizaciones para obtener productos tóxicos o nucleares para la fabricación de artefactos es muy importante, a tenor de lo que afirma el autor del libro, dando finalmente a entender que aunque entrañe una gran dificultad el empleo efectivo de una de dichas armas es simplemente cuestión de tiempo.

Finalmente, la obra aporta una serie de respuestas en diferentes ámbitos para hacer frente al fenómeno terrorista, las cuales son sin duda en extremo necesarias, debiendo formar parte su aplicación de una planificación global coordinada. No obstante, cabría recordar y añadir que la eficacia en la lucha contra el terrorismo no depende exclusivamente de la sinergia técnica, sino también de la creación de consensos activos y de la supresión de espacios neutros. No es un simple problema de buenas intenciones ni de acuerdos diplomáticos, sino de generar un escenario en el que la mayoría de los actores política, social y económicamente significativos tengan la posibilidad de obtener ventajas como consecuencia de la supresión efectiva del terrorismo o de la eliminación de la indolencia frente a él. Obviamente, este enfoque implica que no deberían ser los Estados los únicos involucrados, sino también

las sociedades respectivas y, en general, aquellos actores influyentes y socialmente relevantes que muestren una inequívoca voluntad en favor de la supresión de la violencia. Las bases de la solución sólo pueden venir de la mano de la creación una comunidad internacional con menores desequilibrios económicos, y de la presión en favor de sociedades nacionales más igualitarias y equilibradas que permitan, al menos, una parcial desactivación de los masivos agravios acumulados.

Basar la esperanza de la victoria sobre el terrorismo exclusivamente en la utilización de la coacción o en el empleo de las fuerzas armadas, tal y como proponen los Estados Unidos, significa un grave error, según se destaca acertadamente la obra. A los contundentes argumentos que emplea el autor cabría añadir otros relacionados directamente con la actual percepción que los propios Estados Unidos poseen acerca de su poder coactivo en el escenario internacional. Pretender aplicar el tradicional principio de escalamiento de fuerzas a la lucha contra el terrorismo supone transponer la visión tradicional de la doctrina militar norteamericana (empleo de fuerza masiva y abrumadora y negociación exclusiva sobre la base de la consecución de la derrota incondicional del enemigo) a un escenario radicalmente distinto de aquél para el que fue diseñado. El presente libro muestra hasta qué extremo el actual terrorismo es un fenómeno multifacético, poniendo en evidencia que cualquier aproximación simplista puede contribuir objetivamente a deteriorar más todavía la situación existente. El mensaje implícito de la obra plantea la necesidad de conocer el fenómeno con precisión y sin ideas preconcebidas. Solamente así se podrá hacer frente eficazmente a dicho fenómeno.